



**El
oscuro
relieve
del tiempo**

Iván Teruel

Ilustraciones de
Mercè Riba

Calligraf

El oscuro relieve del tiempo

Iván Teruel

Edicions Cal·lígraf

Figueres, 2015

Primera edición — febrero 2015

Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL

Monturiol, 2, 1er 1a

17600 Figueres

Tel. (0034) 615 261 764

www.edicionscalligraf.com

info@edicionscalligraf.com

Diseño de la colección

y maquetación

Jaime Vicente

Ilustraciones

Mercè Riba

Impresión

DC PLUS, Serveis Editorials

ISBN

978-84-942994-5-2

Depósito legal

GI-110-2015

© del texto

Iván Teruel

© de las ilustraciones

Mercè Riba

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático. Las infracciones de estos derechos están sometidas a las sanciones establecidas en las leyes.

Índice

<i>Anatomía del dolor</i>	
Inseparables	17
Sábanas grises	20
Bola de papel	23
El efecto Bernoulli	26
El sentido de todo	28
Incomunicación	29
Falacia patética	30
Descubrimiento	31
El hombre soñado	32
Un peldaño tras otro	34
Definición de amor	35
La insoportable levedad de la memoria	36
El último tren	39
Across the universe	40
Amor filial	42
La conspiración	43
Cuántos amaneceres nos quedan	44
Margaritas negras	45
Círculo	46
La cara oculta de la infancia	47

El reverso de la herida	48
La caída	50
Pérdida	51
Catorce pasos para lograr algo extraordinario	52
Superviviente	53
El fiscal	55

Arqueología del universo

Homicidio involuntario	61
Canto de cisne	63
Carencia: f. Falta o privación de algo	65
¿Dios?	67
La doble conjunción temporal del triple 6	69
Ejemplo de circularidad trágica	71
Antípodas	73
El tiempo es un sombrío fluido circular	74
Una maravillosa simetría	75
1996 también fue un año bisiesto	77
El universo y las huellas de su engranaje	78
El maquinista	80
De rebeldes desconocidos	81
Sucesos ciegos	84
Bastan unos segundos	87
Una apacible tarde de verano	89

Topografía del horror

El Sorteo	95
Pasado imperfecto	98
La biblioteca	101
Cajamarca 1532	102

El paseíllo	104
La otra fila	105
Nuestro hermano pequeño	106
Corazón	109
Refugio de tiempo	110
Tierra de bastardos	111
Contra el delito de hurto común	112
Juraría que su corazón	114
La espera	115
Claro de bosque	116
Venganza	117
17 gatos	118
Los humanos	119
Medio segundo antes	120
Entre Escila y Caribdis	123
Hermanastros	124
Miedo	126
<i>Cartografía de la derrota</i>	
Destino derecho	133
El oscuro relieve del tiempo	136
Alguna vez las horas nos pertenecieron	139
Lo innombrable	145
El fotógrafo de Nagasaki	148
Los habitantes del patio	152
El umbral del miedo	157
El extraño caso de Antonella Dávalos	164
De felinos y cánidos primigenios	171

Anatomía del dolor

¿Quién eres, dolor?

ÁNGEL OLGOSO

Inseparables

Los recuerdo metidos en el armario de la habitación del hotel, balbuceando cosas sin sentido, atacados a cada momento por una risita espasmódica que les aflojaba el equilibrio y los obligaba a apoyarse el uno en el otro. Cualquiera que los conociera un poco sabía que estaban exagerando el efecto de unas cuantas caladas que habían dado a un porro por las calles del centro de Sevilla. Cualquiera que los conociera un poco sabía que les gustaba ser el centro de atención permanente. Cualquiera que los conociera un poco, y yo los conocía bastante, sabía que estaban sobreactuando. Sin embargo, y pese a todo, su actitud provocó que algunos compañeros se asomaran preocupados a nuestra habitación e insistieran en preguntarles si se encontraban bien. Fue en nuestro viaje de fin de curso del instituto. Y quizás retuve aquella imagen porque significaba una tregua y porque definía muy bien la relación de ambos con el mundo. Las otras dos imágenes, la que antecedió y la que sucedió a esta, eran más habituales, y definían, mejor aún, su atormentada relación de amigos inseparables.

El día anterior creí que se mataban. Se habían enzarzado por una banalidad, como siempre, pero en un momento de la discusión se produjo una alusión punzante de uno al orgullo del otro. Lo cierto es que esta vez las palabras se envenenaron de forma involuntaria. Porque lo que no sabía Hugo, que por aquella época salía con Sandra, es que Darío también llevaba un mes enrollado con ella. Me había confesado que estaba enamorado hasta las trancas, que se tambaleaba por dentro cuando la veía y que el suelo se deshacía bajo sus pies cuando la besaba, que entonces creía flotar. Chocaba escucharlo hablar así mientras Hugo se recreaba contándome sus avances y descubrimientos por el cuerpo adolescente de Sandra.

Así que cuando, en un momento de la discusión, Hugo dijo que a él al menos se la chupaban, algo muy profundo se le revolvió a Darío, que le lanzó un puñetazo a la boca. No fueron solo celos. Fue esa impudicia arrogante y vulgar con la que Hugo habló nuevamente de su intimidad con Sandra. Acabaron con un labio partido uno y con un ojo morado el otro. Y por la noche los vi borrachos y abrazados en un bar, susurrándose torpemente que a pesar de todo siempre serían amigos.

No recuerdo bien cómo terminamos en la habitación de aquellas italianas. De hecho, nada de lo ocurrido aquella última noche resulta demasiado preciso en mi memoria ante la nitidez de un único instante, alrededor del cual parece diluirse todo lo demás. Ese momento en que la botella salió limpia de la mano de Hugo y trazó una recta vertiginosa hasta crujir en la

cabeza de Darío, que cayó desplomado. También recuerdo con bastante exactitud lo que vino después: la expresión de horror de las cuatro italianas, sus gritos aterrados, la sangre que inundó inmediatamente la cara de Darío, los cristales rotos desperdigados por la moqueta, el rumor de pasos acelerados que empezó a llegar desde el pasillo, la mirada perdida de Hugo. Pero la transparencia que adquieren aquellos segundos en mi cabeza difumina todo lo que sucedió antes: creo recordar a Hugo en una cama haciendo manitas con una de las italianas; creo recordar que esa italiana había piropeado a Darío y que por eso Hugo se había metido en su cama; creo recordar que en algún momento Hugo y la italiana empezaron a besarse; y creo recordar perfectamente que en aquel instante Darío lanzó un dardo que cortó el aire: «Ya no te importará saber que Sandra también me la chupa a mí».